DESPERTAR A UN NUEVO DÍA

María Prendes

DESPERTAR A UN NUEVO DÍA

María Prendes

Avant editorial

Primera edición, julio de 2023
©María Prendes 2023

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 978-84-19763-51-8
IBIC: FA
DEPOSITO LEGAL: M-22115-2023

Para Javier, Eva, Laura y Belén
cuatro hijos como cuatro soles
cuatro apoyos incondicionales en mi camino

INTRODUCCIÓN

No es mi intención especular con los problemas que aquejan hoy a nuestra sociedad. Lo que aquí se presenta es tan solo una propuesta, una cortés invitación a caminar juntos hacia la salida de una situación provocada por un virus que recientemente conmocionó al mundo. A nadie se le escapa que un virus, de nombre coronavirus, fue capaz de poner en jaque al mundo entero, provocando una gran incertidumbre con respecto a nuestro futuro. Por entonces me encontraba yo inmersa en la escritura de esta novela y fue un sentimiento de responsabilidad solidaria el que me impulsó a dedicarle la segunda parte de mi libro.

Despertar a un nuevo día no es un libro de ciencia ficción, aunque pudiera parecerlo. Para poder escribirlo con cierto rigor me he basado en la observación de las Leyes de la Naturaleza. Si nos paramos a observar el crecimiento de una planta, podremos ver cómo

se produce su desarrollo. Es necesario que la semilla se muera para que de ella nazca el fruto. Del mismo modo, haciendo un paralelismo, algo tiene que morir en la sociedad que nos ha tocado vivir, para nacer a lo nuevo.

La decadencia de esta sociedad es innegable: la sexualidad desbordada, los crímenes pasionales y la corrupción generalizada. La mentira y el engaño nos persiguen por todas partes sumiéndonos en la sensación de estar inmersos en una sociedad en declive y, por tanto, susceptible de cambio. Si a todo ello añadimos la falta de entendimiento entre los gobernantes del país y sus socios parlamentarios, no es mucho lo que podemos esperar de nuestros políticos.

Despertar a un nuevo día es un libro que, partiendo de la realidad presente quiere proyectarse hacia el futuro. Un intento de encontrar la llave que abra la puerta a un mundo más humano, al que todos podemos y debemos aspirar.

Nuestra sociedad se está deshumanizando y este es el motor que me ha impulsado a escribir este libro. Pese a todo, mi confianza en el ser humano se mantiene firme. Confío plenamente en el poder de su voluntad puesta al servicio de sus objetivos. No me cabe la menor duda de que somos seres poderosos y, sin embargo, cuando no usamos nuestras capacidades como individuos pensantes, cuando no nos atrevemos

a aportar al mundo desde nuestras propias convicciones, otros serán los que van a decidir por nosotros.

No se trata de caer en demagogia ni aburrirles con pueriles soluciones. Tampoco pretendo abarcarlo todo con mi libro. Tan solo me conformo con poner a la consideración de mis lectores una posibilidad, entre otras muchas, que pueda aportar un poco de luz a una situación pospandemia que ha conmocionado al mundo entero, dejando a muchas personas al borde del camino.

Despertar a un nuevo día es un libro que partiendo de la situación presente camina hacia un futuro todavía incierto, para crear un mundo más humano, abierto a tantas posibilidades como mentes creativas existen. Es una arenilla en una playa, una gota de agua en el inmenso mar de la convivencia fraterna, un grito desgarrado en el panorama social y político. Es, en definitiva, una llamada ardiente a todos los hombres y mujeres de buena voluntad.

¡Atrevámonos a soñar! Un mundo mejor es posible, porque en cada uno de nosotros está latente la capacidad de hacerlo posible.

1

La aventura que estaba a punto de comenzar prometía ser interesante. La noche había sido larga. Ada Vital despertó más temprano que de costumbre y saltó de la cama. La mañana era diáfana. Apuntaba el sol con su pálido reflejo amarillento que lentamente se fue convirtiendo en una pequeña bola de fuego. Se arregló concienzudamente, como convenía para la ocasión y en la fiel compañía de su viejo Opel Corsa comenzó la escalada, camino de su nuevo destino. Al tomar la última curva que conducía a la cumbre de la montaña se abrió ante ella un sombrío y amplio espacio, alrededor de un vetusto edificio de dos plantas. Aparcó muy cerca de la entrada y consultó su reloj de pulsera para comprobar que se había adelantado a la cita en un cuarto de hora. Mientras dejaba correr el corto espacio de tiempo que la separaba de su nueva misión observó los cimbreantes sauces que proyectaban su sombra

aquí y allá, batiendo sus ramas al viento. Todo era lúgubre calma, tan solo interrumpida por el aullido de un perro en la lejanía.

Descendió despacio del automóvil para adentrarse en el edificio que albergaba en su interior un amplio vestíbulo. A su izquierda, una pequeña y desabastecida cafetería prestaba sus servicios a las escasas personas que se acercaban a la Prisión de La Concordia, en el corazón de Sierra Lejana.

Se dirigió directa a la ventanilla de recepción situada cerca de la puerta de entrada. Después de comprobar que su nombre figuraba en la lista de visitas autorizadas, el funcionario de turno la instó a mostrar cada uno de los objetos que iban a ser introducidos en el penal indicándole con gesto firme las taquillas situadas al frente en las que Ada se vio obligada a desprenderse de todas sus pertenencias, antes de franquear la entrada.

Esperó durante un buen rato la llegada del educador que había de acompañarla en su cometido. Era un hombre afable, de mediana estatura y muy parlanchín. Con su verborrea un tanto atropellada se esforzaba por ponerla al corriente acerca de las nuevas perspectivas que se abrían para la Institución Penitenciaria con la Unidad de Día, libre de drogas, que estaban a punto de inaugurar.

Escuchaba en silencio tratando de absorberlo todo, convencida de que cualquier pequeño detalle podría ser importante en su primer contacto con aquel

grupo de jóvenes maleantes abocados al delito por sus adicciones. Desde la ONG donde prestaba sus servicios de voluntariado le habían confiado la delicada misión de colaborar en su rehabilitación y no podía defraudarlos.

Al cerrarse tras ellos la puerta que daba entrada a la prisión, respiró profundo. Un ligero cosquilleo en el estómago la mantenía en alerta provocando un pequeño vahído que la obligó a apoyarse en una pared cercana. El guardián de seguridad del penal se acercó a ella para comprobar —una vez más— que el maletín con el material previamente presentado por escrito y descrito hasta en sus más mínimos detalles era su único acompañante. A continuación, se abrió una segunda puerta que de nuevo volvió a cerrarse tras ellos. Al fin, con la entrega de su identificación documental que quedaba retenida hasta la salida definitiva del edificio, quedaba cumplimentado el último trámite.

Con el educador como guía, atravesaron un amplio patio decorado con enormes murales, obra ingente de malogrados artistas que ignorantes de su destino, habían cambiado la creación en libertad por las rejas de una celda. Los más variados colores prestaban su luz y su belleza a las figuras que en abigarrada profusión adornaban sus paredes. Alados espectros evocadores de fracasados sueños cubrían una buena parte del recinto. Aquí y allá, añorados signos de libertad.

A derecha e izquierda del patio se alzaban los pabellones de los internos. Se dirigieron a la izquierda dejando atrás los señalados del uno al cinco, para adentrarse en el módulo número 6. Después de atravesar una larga galería donde se encontraban expuestas distintas piezas de carpintería que algunos internos estaban confeccionando, el educador se dirigió al fondo de la estancia, abriendo sin rodeos una puerta desvaída que, con su crujido, puso en alerta a sus ocupantes.

Una decena de jóvenes entre veinte y treinta años, todos ellos varones, volvieron su mirada hacia Ada e interrumpiendo su charla, pasaron a ocupar sus asientos, tras unos destartalados pupitres colocados en tres filas a derecha e izquierda

Después de una breve presentación, el educador abandonó la sala. Ada Vital, recién salida de las aulas universitarias, dedicó los primeros momentos en una prisión a observar el ambiente. Muchachos con ojos enrojecidos, algunos ocultos con negras gafas, manos temblorosas y tatuajes estratégicamente grabados en los brazos, miraban con avidez a la mujer que tenían ante sí sin más interés que el que se desprendía de su condición de hombres largo tiempo privados de una presencia femenina. Un tufillo a sudor rancio los envolvía a todos.

Dejando a un lado su reconocimiento, recordó Ada que su primer objetivo consistía en ganar su confianza y, sin olvidar el papel de autoridad que estaba

allí representando, optó por permanecer de pie detrás de una pequeña mesa en la que colocó sus utensilios de trabajo.

Un joven de treinta y tantos años —posiblemente el mayor de todos ellos— llamó poderosamente su atención. Sentado en la última fila permanecía vigilante, como perro cazador en espera de su presa. Vestía pantalones vaqueros deshilachados y camiseta de manga larga a pesar de los 32 grados que se veían obligados a soportar en el aula. Fue el primero en hablar.

—¿Y ahora qué…? ¿Cuál es la propuesta que nos traes? —le preguntó burlonamente.

—Nada que vosotros no queráis —le respondió Ada haciendo acopio de todas sus fuerzas conciliadoras—. ¿O acaso no es este un taller para voluntarios? Se supone que todos los que aquí estamos somos gente de buena voluntad.

Se oyeron algunas risitas que partían de sus compañeros.

—Por cierto —le lanzó mirándole directamente a los ojos—, ¿puedo preguntarte tu nombre?

—Pavo ¿vas a descubrirnos de una vez tu verdadero nombre? —terció un pelirrojo sentado a su derecha.

El así nombrado contestó con un grotesco movimiento de brazos y al no obtener respuesta alguna, continuó Ada con el interrogatorio que hizo extensivo al resto del grupo.

—¿Qué os parecería si comenzásemos por conocer vuestras aficiones literarias? —preguntó dejando la pregunta en suspenso—. ¿Qué tal un taller de animación a la lectura?

—A mí me gusta la poesía de Lorca —respondió tímidamente un jovencito de voz gangosa que se rascaba la cabeza sin descanso alternando con brazos y antebrazos.

—Pues no se hable más —le respondió Ada animada por la elección—. Tendrás tu poesía el próximo día. ¿Alguna sugerencia más? —preguntó de nuevo.

—Por supuesto —respondió el Pavo—. Lo que aquí se necesita es buen humor. Comics o algo así… y también algo de filosofía oriental. ¡Poesía…! —dijo dirigiéndose con desprecio al jovencito tímido—. Así le va al *tío* ese, pero él no va a decidir por nosotros —subrayó volviendo su mirada hacia Ada.

Aquellos jóvenes, tan alejados de cualquier otro patrón juvenil o adulto por ella conocido, excitaban su curiosidad. Cómo habían llegado hasta allí, qué era lo que ocupaba sus mentes y cuáles eran las complejas situaciones que los había reunido eran algunas de las preguntas que Ada se hacía. Ignoraba si estaban dispuestos a asumir su compromiso de dejar las drogas o simplemente habían acudido a la Unidad de Día como un recurso más que les permitía poder acogerse a prometidas prebendas penitenciarias.

En principio no se podía discutir su colaboración al proyecto. Alguno de ellos había tenido que luchar contra la adición durante meses para poder ser admitido al programa. Eran las reglas de juego y allí estaban diez muchachos dispuestos a intentarlo todo, mientras las muestras evidentes de una adicción corrosiva hablaban por ellos.

2

En casa de los Ortiz tocaban a fiesta. Su hijo Toni acababa de recibir el sacramento bautismal. Mientras la madre atendía a sus invitados el padre no perdía de vista al niño que, sentado en su sillita, agitaba las manos en espera de que alguien llegase en su rescate. Hacía ocho meses que había llegado al mundo para alegría de su padre. Siempre había deseado un hijo varón que perpetuase su apellido, lo que no era de la misma manera visto por su mujer, Manuela, remisa a la idea de ser madre. La maternidad y la jornada laboral de siete horas eran dos funciones a su entender incompatibles y, ante la perspectiva de ver sus horas de descanso limitadas y sus viajes vacacionales interrumpidos, optaba por aplazarlo.

«¿Hasta cuándo?», era la pregunta que se hacía Juan, su marido, que no veía llegado el tiempo de abrazar a su hijo.

En el momento más inesperado llegó el embarazo y con él se precipitó el dilema. La posibilidad de provocar el aborto comenzó a afianzarse más y más en el fuero interno de la madre.

Mostraba su descontento con sutiles alusiones a Juan quien no ocultaba la inmensa satisfacción que le producía la idea de ser padre. Todos sus razonamientos se estrellaban contra los legítimos deseos de paternidad de su marido provocando interminables discusiones que terminaron por distanciarlos.

Acuciada por la necesidad de justificar su decisión, acudió a los servicios médicos que certificaron un embarazo de trece semanas y forzada por las circunstancias adversas a un posible aborto, se vio obligada a ceder.

Y allí estaba el niño. Ya no podía evitar mostrar su satisfacción ante los asistentes al evento. Obligada por un mínimo sentido de decoro se sucedían las alabanzas al niño, fingiendo una alegría que estaba muy lejos de sentir.

Comieron y bebieron en buena compañía, con repetidos brindis llenos de buenos deseos. Para algunos era la fiesta un merecido canto a la vida; una fiesta más, para otros o un repique de campanas, no siempre compartido. En cualquier caso, un amanecer dudoso en casa de los Aranguren.

Al finalizar la tarde, cuando cesaron las felicitaciones, las bromas y los cumplidos, de nuevo la realidad

de una maternidad no deseada volvía a ensombrecer la noche.

—¡Míralo Manuela, está contento! Sonríe. —Observó Juan al acercarse a la camita del niño para desearle las buenas noches.

—Espero que no tengamos nunca de que arrepentirnos. ¡La vida no es un jardín de rosas! —exclamó Manuela exhalando un suspiro.

—Tampoco es un lodazal, como pareces estar insinuando.

Manuela le dirigió una fría mirada. Una vez más volvía el tema a debate, enredados de nuevo en una discusión sin salida.

Cuando Juan volvió de nuevo la mirada hacia su hijo, lo encontró dormido.

Inmerso en el proceloso mar de lo desconocido, Toñito regresaba al seno materno, añorando momentos de beatífica paz, la belleza del paraíso perdido donde los gnomos y las sílfides jugaban con los niños. Anhelaba regresar al lugar donde las estrellas brillan con luz propia, perderse en él. ¡No volver a despertar!

Cuando Toñito abrió sus enormes ojos negros al nuevo día, estaba bañado en llanto. Ladeó la cabeza fijando la atención más allá de la cama y al descubrir la figura de mamá a su lado, le dedicó la mejor de sus sonrisas.